



María Santísima Madre de Dios y nuestra Madre

Hna. María Madre de la Fe,SSVM



Introducción:

Tenemos necesidad de la Santísima Virgen:

Dios ha querido asociar de tal modo a María en la empresa divina de la redención y santificación del género humano, que, en la actual economía, sin Ella no sería posible lograrlas.

Todo el capítulo primero del Tratado de la Verdadera devoción a la Santísima Virgen, en donde San Luis María trata sobre la necesidad de la tal devoción, tiene como base esta verdad, por eso va a establecer los dos principios fundamentales: Que Dios ha querido servirse de María en la Encarnación, y que Dios quiere servirse de María para la santificación de las almas. Y concluye el mismo Santo en la necesidad de la Santísima Virgen, puesto que si es “necesaria” a Dios, en consecuencia a su Voluntad, es mucho más necesaria a los hombres para alcanzar el último fin.¹ La devoción a la Santísima Virgen pues, es necesaria a todos los hombres para salvarse, y es más necesaria aún a los que son llamados a una perfección más alta, (a una perfección particular). Y el Santo está tan convencido de esto que afirma no creer que una persona pueda adquirir una unión íntima con Nuestro Señor y una perfecta fidelidad al Espíritu Santo, sin una muy grande unión con la Santísima Virgen y una gran dependencia de su socorro.²

En el librito “El Secreto de María”, después de dar las razones teológicas de la necesidad de santificarnos por medio de María y de dejar asentado que María es la única que ha hallado gracia delante de Dios; que Ella sola es la Madre de la gracia; que Ella sola posee después de Jesús la plenitud de la gracia; que Dios la ha escogido Tesorera de todas las gracias y es Ella la que la distribuye;³ el Santo termina diciendo: “ El problema consiste, pues, en encontrar de verdad a la excelsa María para hallar la abundancia de todas las gracias. Dueño absoluto de todo, Dios puede comunicar directamente lo que de ordinario solo concede por medio de María. Más aún, negar que así lo haga algunas veces sería temerario. Pero, según el orden establecido por la Divina Sabiduría - como dice Santo Tomás, - Dios no se comunica de ordinario a los hombres, en el orden de la gracia, sino por medio de María.

Para llegar hasta Dios y unirse a Él es indispensable utilizar el mismo instrumento escogido por El para descender hasta nosotros, hacerse hombre y comunicarnos sus gracias. Esto se realiza mediante un verdadera devoción a la Santísima Virgen.”⁴

Es pues importante caer en la cuenta de la gran necesidad que se tiene de la Santísima Virgen. Es menester pues estudiar cada una de las pruebas que analiza San Luis M. de esta necesidad, para poder vivir conforme a las verdades que expone y a las exigencias y ascesis de este amoroso

¹ Cfr. Tratado de la Verdadera Devoción de San Luis María Grignon de Montfort (TVD) Cap. 1, Art. I y II

² Idem. Art.II n. 43

³ Cfr. El Secreto de María, (SM) Parte I, B.

⁴ SM. Conclusión.



sometimiento. Pensemos simplemente en la verdad que también nos recuerda Montfort de que “nuestras mejores acciones están ordinariamente manchadas y corrompidas por el mal fondo que hay en nosotros.....y cómo es de una importancia grandísima, para adquirir la perfección, que no se adquiere sino por la unión con Jesucristo, el vaciarnos de lo malo que hay en nosotros. Es necesario conocer por la luz del Espíritu Santo ese mal fondo, nuestra incapacidad para todo bien, nuestra debilidad en todo, nuestra inconstancia en todo tiempo, nuestra indignidad para la gracia, y nuestra iniquidad en todo lugar....Para esto debemos aprender a morir cada día y saber elegir, entre todas las devociones a la Santísima Virgen, aquella que más nos lleve a esta muerte a nosotros mismos, como siendo la mejor y la más santificante....

Hay secretos en el orden de la gracia para hacer en poco tiempo, con dulzura y facilidad, operaciones sobrenaturales, vaciarse de sí mismo, llenarse de Dios y hacerse perfecto.”⁵

La práctica que nos enseña San Luis M es uno de estos secretos de gracia.

El lugar de María en los designios de Dios

1.1 Quién es María

La importancia que tiene María en la obra salvadora, en la Historia de la Salvación, es grandísima, porque Dios la eligió libremente para la misión de ser la Madre del Hijo de Dios que se encarnó en su seno.

Dios desde toda la eternidad le asignó un destino absolutamente único. Su grandeza, podemos decir, tiene un principio lejano ya que comenzó antes de la constitución del mundo. Porque desde el primer momento el Padre Eterno tuvo presente la idea de María junto con la del Redentor, de cuyo destino formaba parte. Sí, si bien Dios pudo haber renunciado a la ayuda de María, lo mismo que pudo haber pasado sin Jesús, en el desarrollo del plan que le plugo adoptar, la incluyó. Dios la colocó junto al Salvador desde el momento en que decretó la intervención de un Salvador. En ese plan le asignó el papel de Madre del Redentor, por tanto, Madre de todos los que se hallan unidos a Él.

Desde toda la eternidad, pues, María ocupaba un lugar único, entre todas las creaturas y sin ningún parangón aún con la más sublime de todas ellas, distinta de todas en la idea divina, diferente, por la preparación que Ella recibió, y, por tanto, convenientemente segregada de todas las demás en la primera profecía de la redención, al dirigirse Dios a Satanás diciendo: “Pondré enemistades entre Ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya y esta descendencia aplastará tu cabeza” (*Gn. 3, 15*). He

⁵ TVD. Cap. II, Art.III.



aquí resumida por el mismo Dios la futura redención. Definitivamente María, ha de moverse en un orden propio; ya antes de su nacimiento, después y siempre, es enemiga de Satanás; inferior al Salvador, pero próxima a Él y parecida a Él. Ella le será semejante —no igual— por su exención del pecado original, por su plenitud propia de gracia, y por la eminencia singular de sus virtudes.⁶

El curso de las profecías continúa: “...ella es la Virgen que concebirá y dará a luz un Hijo, que se llamará Emmanuel (*cf. Is. 7, 14; y comparar con Mich. 5, 2-3; Mt. 1, 22-23*). Ella sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que confiadamente esperan y reciben de Él la salvación. Finalmente con Ella misma, Hija excelsa de Sión, tras la prolongada espera de la promesa, se cumple la plenitud de los tiempos, y se instaura la nueva economía, al tomar de Ella la naturaleza humana el Hijo de Dios, a fin de librar al hombre del pecado mediante los misterios de su humanidad”⁷.

Concluyamos que María ha sido esencialmente querida por Dios como la nueva Eva de Cristo, el nuevo Adán. Difícilmente se encontrará definición más exacta y más completa de Ella que la que Dios mismo dio de Eva en el momento en que creó a la primera mujer: «Adiutorium simile sibi, una Ayuda semejante a El». María será para Cristo en el orden de la reparación y de la gracia lo que Eva fue para Adán en el orden de la caída y del pecado.

Se obra como se es: «Operari sequitur esse». Para colaborar con Cristo, Ella deberá serle semejante en su ser. Para colaborar con El de manera habitual y verdaderamente oficial, Ella deberá también estarle unida por lazos duraderos y físicos. Es evidente que un matrimonio ordinario quedaba excluido. Dios hace entonces algo admirable: para que María sea la Esposa espiritual y la Cooperadora universal de Jesús, la convierte en su Madre según la carne, y la vincula así de manera definitiva a Cristo por los lazos físicos más estrechos que se puedan concebir. También por este mismo hecho, Ella queda elevada al plan y al nivel de Cristo, cosa igualmente indispensable para una colaboración perpetua. El es el Hijo de Dios, Dios mismo; Ella será la Madre de Dios, dignidad menor, ciertamente, que la de Cristo, pero dignidad en cierto aspecto infinita, que la eleva, tanto como es posible, a la altura de Cristo, de la manera que conviene perfectamente a su condición de nueva Eva.

⁶ Cf. “Camino Monfortiano de la Verdadera Devoción a María” Frank Duff. 3ª edición Verbo Divino 1997

⁷ Lumen Gentium. 55



Desde ahora Ella está equipada para realizar, en unión con Cristo y en dependencia absoluta de Él, su gran obra de glorificación del Padre y de salvación de la Humanidad.⁸

1.2 Títulos de su grandeza

En primer lugar, recalquemos que María es nuestra **Madre**: Ella nos engendra en Cristo y después engendra a Cristo en nosotros. Sí, Ella ha dado a luz, no a uno solo, sino a una multitud de hijos, esto es, a todos aquellos que fueron redimidos por el Señor. María nos engendra en Cristo, porque Ella ha querido ser la Madre de Aquel que es el principio de nuestra vida sobrenatural; y Ella engendra a Cristo en nosotros, en el sentido que por Ella se aplican los frutos de la Redención. El Cristo Total está formado por el Hijo de Dios y las almas de los hombres: todas las almas llamadas a formar su Iglesia; y así la Iglesia es el cuerpo y la plenitud o complemento de Jesucristo (*Cf. Ef 1, 23*). Por eso, cuando el Hijo de Dios se presenta a la Santísima Virgen, le presenta a todas las almas que Ella ha de recibir junto con Él. Se trata de la doctrina del Cuerpo Místico, la cual consiste en que Cristo y los bautizados están unidos por un lazo que se parece pero que en realidad excede sobre manera en intensidad la unión entre la cabeza y los demás miembros del cuerpo humano. De este modo unos dependen de otros y una misma vida anima a todos. Cristo es la Cabeza, el Jefe, la parte perfecta e indispensable, de la que reciben los demás miembros sus poderes y su misma vida. Ellos forman parte de Cristo con tal plenitud que sus pecados se convierten en la carga de Jesús, mientras que sus satisfacciones, es decir, los infinitos méritos de su pasión, pertenece a sus miembros, como si ellos mismos los hubieran ganado. Debido a que Cristo y sus miembros forman una sola persona mística, pudo Cristo padecer por los hombres y expiar unas faltas que Él mismo no había cometido. “Cristo es el salvador de su Cuerpo” (*Ef 5, 23*).

Y María es la Madre de ese Cuerpo (*Cf. Jn 19, 26-27*). En la misma medida y con igual necesidad que somos miembros del Cuerpo de Cristo, y parte de su carne y sus huesos (*Cf. Ef 5, 30*), somos también hijos de María, su Madre. En su seno nos moldea en forma siempre más admirable, para darnos, por su incesante cuidado maternal, la semejanza de Jesús, a fin de convertirnos en el hombre perfecto que es Cristo y hacernos llegar a la medida de su plenitud (*Cf. Ef 4, 13*). Sin Ella no conseguiremos este nuestro sublime destino; tal es el designio divino. María es verdaderamente Madre del alma cristiana, una maternidad proclamada por el mismo Señor, cuando llegó a su plenitud, es decir cuando fue consumada por la redención.

⁸ Cf. “Fundamentos y práctica de la Vida Mariana.” Cap. II J. M. Hupperts. Secretariado María Mediadora. 121 Boulevard de Diest-Lovaina. Seminario Internacional Nuestra Señora Corredentora Año 2003



Si queremos completar esta figura por otra que nos ayuda a apreciar la intimidad de las relaciones de María con sus hijos, tenemos una expresiva imagen en la vida del niño que no ha nacido aún. Este niño es el alma cristiana y María la Madre. La relación es estrecha, el niño, recibe de su Madre, el aire que respira, parte de su alimento y todo. Así es el caso si se contempla al alma y su Madre María. Ella continúa devotamente su obra maternal de santificación. Ella recibe las gracias divinas y las vuelca, cual sangre vital al alma. Aún la más pequeña gota de esta sangre, es decir, hasta la gracia más pequeña, desciende del Cuerpo Místico, solamente a través del Corazón de María. ¡Dependencia total! El niño lo debe todo, absolutamente todo, después de Dios, a los buenos oficios de esa Madre. Así pues, el niño no nacido todavía, debe ser la imagen que ayuda a nuestras inteligencias a comprender el papel de la Madre de la divina gracia. Ya lo decía San Agustín: “Todos los llamados a la gloria, a fin de que se conformen con la imagen del Hijo de Dios, mientras viven en este mundo, se hallan ocultos en el seno de la Santísima Virgen, donde Ella los custodia, alimenta, cría y hace crecer hasta alumbrarlos a la gloria después de la muerte, la cual es propiamente el día de su nacimiento, que es como llama la Iglesia a la muerte de los justos”⁹

María, nuestra Madre será, ante todo, **Corredentora**¹⁰ con El, no solamente en el sentido de que por su libre consentimiento Ella nos da verdaderamente al Redentor; no solamente en que, por sus méritos y oraciones, Ella contribuye a la aplicación de los frutos de la Redención a las almas; sino Corredentora en el sentido estricto y completo de la palabra: Ella no forma con Cristo más que un solo principio moral del acto redentor mismo, participando del Sacrificio decisivo, no como elemento principal, pero sí como causa integrante por libre voluntad de Dios: Ella es Sacrificadora secundaria y Víctima subordinada del Sacrificio del Calvario.

El acto redentor del Calvario, al que queda vinculada toda la vida de Cristo, y también todas las acciones de María desde que se convirtió en Madre y en Socia indisoluble del Hijo de Dios, reviste también el aspecto del mérito, y merece por lo tanto todas las gracias necesarias o útiles para la salvación de la humanidad. María participa también de este aspecto de la Pasión de Cristo, como de todos los demás, y merece, al menos con mérito de conveniencia, todas las gracias que serán impartidas a la humanidad. Cristo es Mediador supremo de todas las gracias, que El conquistó al precio de su Sangre; María participa de este derecho de distribución de las gracias por la colaboración que Ella aportó en su adquisición.

⁹ Cf. “Camino montfortiano de la Verdadera devoción” Frank Duff

¹⁰ Lo siguiente que se desarrolla en los próximos puntos es entresacado de “Fundamento y Práctica de la vida mariana” de J. M. Hupperts Cap. II, III, IV, IX y XII de la Primera parte: “Todo de María”



Por ser Corredentora, María es **Mediadora y Distribuidora de todas las gracias**, ejerciendo esta función por una causalidad moral de destinación o de consentimiento, por una causalidad de oración, y también probablemente por una causalidad de producción física, subordinada e instrumental, pero libre y verdadera.

Ahora bien, la gracia es la vida del alma, su vida sobrenatural. Y como hemos visto cuando nos referimos a la Maternidad de María, Ella es juntamente con Cristo, y por más de un título, el principio de toda vida sobrenatural, porque, en dependencia de Cristo, es causa multiforme de la gracia en las almas. Al dar así verdaderamente la vida a las almas, Ella es su Madre, su verdadera Madre, no ciertamente según una maternidad natural, pero sí con una maternidad real y no solamente metafórica y por modo de decir. En el orden de la vida divina Ella cumple de manera sobre-eminentemente toda la misión y todas las funciones que una madre ordinaria ejerce en la vida de su hijo. María es, pues, Madre de las almas, por ser Mediadora de todas las gracias.

Redimir las almas, aplicarles los frutos de la redención, comunicarles y hacerles aceptar la gracia, y darlas así a luz a la vida sobrenatural, formarlas y hacerlas crecer en ella, no se hace solo, es una obra difícil; no se realiza sino en contra de fuerzas adversas coaligadas contra Dios y contra las almas: el demonio, el mundo y las facultades desordenadas que, como un virus indestructible, el pecado original dejó en el hombre. Lo cual quiere decir que redención, santificación y vivificación son una lucha, un combate incesante. Pues bien, en esta lucha María es la eterna **adversaria de Satanás**, siempre victoriosa **Combatiente de los buenos combates de Dios**.

Pero también, finalmente, por ser Madre de Dios, Socia universal de Cristo y Corredentora de la humanidad, María es **Reina universal** junto a Cristo Rey. Ella es Reina, como lo admiten unánimemente los teólogos, según una realeza verdadera y efectiva, que se ejerce sobre toda criatura, tanto sobre los ángeles como sobre los hombres, tanto en el orden natural como en el orden sobrenatural; realeza que es participación de la de Cristo, se extiende tan lejos como la de Él, se ejerce de manera análoga a la de Él, pero le sigue siendo siempre plenamente subordinada.

1.3 Utilidad y necesidad de la vida mariana

Para establecer la necesidad del culto mariano en general, y el valor de una vida mariana más perfecta en particular, hay que partir de un principio indiscutible, el que Cristo mismo formuló como línea general de conducta, aunque lo hiciese con motivo de un precepto particular: *«Lo que Dios ha unido no lo separe el hombre»*.



1º El Padre Billot S. J. razonaba con justeza y claridad cuando escribía: *«María, en la religión cristiana, es absolutamente inseparable de Cristo, tanto antes como después de la Encarnación: antes de la Encarnación, en la espera y en la expectativa del mundo; después de la Encarnación, en el culto y en el amor de la Iglesia. En efecto, somos llamados y vinculados de nuevo a las cosas celestiales sólo por la Pareja bienaventurada que es la Mujer y su Hijo. Por donde concluyo que el culto a la Santísima Virgen es una nota negativa de la verdadera religión cristiana. Digo: nota negativa; porque no es necesario que dondequiera se encuentre este culto, se encuentre la verdadera Iglesia; pero al menos donde este culto está ausente, por el mismo hecho no se encuentra la auténtica religión cristiana. Y es que la verdadera cristiandad no podría ser la que trunca la naturaleza de nuestra “religación” por Cristo, instituida por Dios, separando al Hijo bendito de la Mujer de la cual procede»¹¹.*

De donde resulta que el culto a la Santísima Virgen, considerado de manera general y objetivamente hablando, es necesario para la salvación y, por lo tanto, gravemente obligatorio. Quien se negara a tener un mínimo de devoción mariana, se pondría en serio peligro de comprometer su destino eterno, porque se negaría a emplear para este fin un medio y una mediación que Dios ha querido utilizar en toda la línea de su obra santificadora, y del que también nosotros debemos servirnos, por consiguiente, para alcanzar nuestro fin supremo.

2º El culto mariano pertenece a la sustancia misma del cristianismo. La fórmula del cristianismo, ya se lo considere como la venida de Dios a nosotros, ya como nuestra ascensión hacia El, no es Jesús solamente, sino Jesús-María. Sin duda podría haber sido de otro modo, ya que Dios no tenía ninguna necesidad de María; pero quiso El que fuera así. Es lo que había comprendido perfectamente uno de los mayores escritores espirituales del siglo XIX, Monseñor Gay, cuando escribía: *«Por eso quienes no otorgan a María en ese mismo cristianismo más que el lugar de una devoción, aunque sea el de una devoción principal, no entienden bien la obra de Dios y no tienen el sentido de Cristo... Ella pertenece a la sustancia misma de la religión».*

3º Una tercera conclusión que se impone como un *«principium per se notum»*, esto es, como un principio evidente, es que adaptarnos plenamente en este campo al plan de Dios, concediendo íntegramente a Nuestra Señora, en nuestra vida, el lugar que le corresponde según este mismo plan divino, debe acarrear las más preciosas ventajas, no sólo para cada alma en particular, sino también para todo el conjunto de la Iglesia de Dios. María es, por libre voluntad de Dios, un eslabón importante e indispensable en la cadena de las causalidades elevantes y santificantes que se ejercen sobre las almas. Es evidente que este divino mecanismo funcionará más fácil y seguramente cuando,

¹¹ De Verbo Incarnato.



por el reconocimiento teórico y práctico del papel de María, le facilitemos el ejercicio de sus funciones maternas y mediadoras en nuestra alma y en la comunidad cristiana.

4º Al contrario, las *lagunas* en esta materia, lagunas culpables y voluntarias, e incluso las lagunas inconscientes, aunque no en el mismo grado, han de resultar funestas tanto para el individuo como para la sociedad. Un organismo no se compone solamente de la cabeza y del cuerpo con sus miembros: el cuello es un órgano de contacto indispensable entre la cabeza y los miembros. O más exactamente aún: un ser humano no debe disponer solamente de un cerebro, centro de todo el sistema nervioso; ya que no podría subsistir y ejercer su actividad sin otro órgano central, el corazón. Ahora bien, María es el cuello o —metáfora más exacta y más impresionante aún— el Corazón de la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo.

La falta de una devoción íntegramente adaptada al plan de Dios es causa de lagunas y de debilidad espiritual. El P. Faber que junto con Monseñor Gay fue la figura más sobresaliente de la literatura espiritual del S XIX, decía: *«¡Oh, si tan sólo se conociera a María, ya no habría frialdad con Jesucristo! ¡Oh, si tan sólo se conociera a María, cuánto más admirable sería nuestra fe, y cuán diferentes serían nuestras comuniones! ¡Oh, si tan sólo se conociera a María, cuánto más felices, cuánto más santos, cuánto menos mundanos seríamos, y cuánto mejor nos convertiríamos en imágenes vivas de Nuestro Señor y Salvador, su amadísimo y divino Hijo!»*.

5º Demos un nuevo paso adelante en nuestras conclusiones y constataciones. Es sumamente deseable e importante para la salvación y santificación de las almas, y para la obtención del reino de Dios en la tierra, llevar el culto mariano a su perfección en nuestra alma y en todas las almas: *«De Maria numquam satis»* —sin exageración ninguna, por supuesto; la cual, por otra parte, es imposible desde que nos acordamos de que María es una criatura—. Debemos en todo, y por lo tanto también en la materia que nos ocupa, apuntar a la perfección, y a la perfección más elevada.

6º Apuntar a la perfección del culto mariano se impone especialmente en nuestra época. Todo el mundo reconoce que el «Misterio de María» se ha impuesto a la atención de la Iglesia, tanto docente como discente, y que este Misterio ha sido comprendido con más claridad y profundizado singularmente. Es una de las grandes gracias de nuestro tiempo. Es evidente que a este conocimiento más neto y más profundo de la doctrina mariana, y muy especialmente de la misión de Nuestra Señora, debe responder una devoción creciente, intensificada. Como cristianos del siglo XXI, debemos buscar y aceptar ávidamente las formas más ricas y más elevadas de la devoción mariana, o, como se dice más justamente hoy, de la «vida mariana».

2. Qué significa la Verdadera Devoción a la Virgen María



2.1 Nuestro culto mariano: Consagración

Con todo lo que se viene tratando podemos concluir que una verdadera devoción a la Santísima Virgen María equivale a una Consagración total de la persona con lo que se es y se tiene, y este representa el único culto a María, completamente lógico y digno.

El culto mariano es obligatorio y necesario, como respuesta de nuestra parte a la importantísima misión que Dios ha confiado a su santísima Madre. Este culto pertenece a la sustancia misma de la religión cristiana; y es importantísimo, para la glorificación de Dios y nuestra propia santificación, que la devoción mariana sea llevada a su *más elevada perfección*, a fin de que se adapte plenamente al plan divino. Este perfeccionamiento se impone especialmente *en nuestro tiempo*, en que el Misterio de María ha sido iluminado con una luz más viva que en ninguna otra época de la historia del cristianismo.

¿Cómo organizar este culto mariano?

El culto mariano, ante todo, ha de tener en cuenta el *valor intrínseco de la Santísima Virgen misma*, o más justamente, de su «*conjunctio cum Deo*», de su acercamiento a Dios, de su unión con Dios, que es la «*ratio formalis*», la razón propia del culto debido a los santos. Ahora bien, en María esta unión a Dios es totalmente singular y excepcional. Ella está unida de la manera más estrecha con Dios por medio de la *gracia santificante*, cuya plenitud recibió, una plenitud que le es propia; pero sobre todo por medio de la *maternidad divina*, que después de la unión hipostática es el lazo más estrecho con Dios que se pueda concebir. Por esta Maternidad la Santísima Virgen queda puesta en un orden aparte. Según una frase célebre, Ella llega a los confines de la Divinidad, y posee una dignidad infinita en razón de su término. Por este doble título le corresponde, por lo tanto, fuera y por encima de todos los ángeles y santos, un culto particular, de un género especial, que tiene en el lenguaje de la Iglesia un nombre propio. Honramos a los santos con un culto de *dulía*; debemos a María el culto de *hiperdulía*.

En segundo lugar, nuestro culto mariano debe tener en cuenta la *misión singular de la Santísima Virgen*, cuyos diferentes aspectos hemos recordado. Es preciso que nuestro culto mariano apunte a hacer posible y fácil el cumplimiento de su papel de Corredentora del género humano, de Mediadora de todas las gracias, de Madre de todas las almas, de Adversaria de Satanás y Generala de los ejércitos divinos, y de Reina del reino de Dios. Es preciso, pues, que nuestro culto mariano abrace y reúna toda clase de actitudes, de matices, que respondan a los diferentes aspectos del papel múltiple, pero único, que el Señor le ha asignado. Nuestra devoción mariana, bajo pretexto de ser simple, no ha de ser unilateral, «uniforme»; al contrario, para adaptarse al plan de Dios, ha de ser rica y multiforme.



Por otro lado, cuando se reflexiona seriamente en este plan divino sobre María, uno se admira, por una parte, de la *universalidad* de la intervención de la Santísima Virgen en las intervenciones sobrenaturales divinas; y, por otra parte, de la *pluralidad* de las influencias que Dios le ha reservado en la realización de sus designios.

Universalidad de la intervención de Nuestra Señora: Por voluntad de Dios, Ella se encuentra siempre y en todas partes junto a Cristo: en las profecías y figuras del Antiguo Testamento; en toda la vida de Jesús en la tierra, especialmente en las horas dominantes y características de esta vida; y también en todas las consecuencias de la vida y muerte de Cristo: Pentecostés, la santificación de las almas, la edificación del reino de Dios sobre la tierra, ya visto bajo su aspecto positivo, ya visto bajo el aspecto negativo de lucha contra Satán y contra todas las potestades perversas; igualmente, en la consumación, por la gloria eterna, de la obra glorificadora de Dios y santificadora de los hombres. Hay que tener presente que *toda operación divina sobrenatural es mariana*, siempre y en todas partes mariana, realizada invariablemente por y con María, y esto hasta *en sus más humildes detalles*, como la aplicación de la menor gracia actual; de manera parecida a como el corazón hace sentir universalmente su acción, propulsando la sangre hasta las más finas ramificaciones de la circulación sanguínea.

Para determinar nuestra actitud respecto a la Santísima Virgen, hay que tener en cuenta la *multiformidad de las intervenciones* que Dios ha dejado a María en todas sus obras de gracia. Para la Encarnación le ha concedido una cuádruple influencia: de mérito, de oración, de consentimiento y de producción física materna. En el Misterio de la Cruz, nos explican los teólogos, Ella colabora de los cinco modos con que Cristo, según la doctrina de Santo Tomás, operó nuestra salvación: por modo de satisfacción, de mérito, de redención, de sacrificio y de causalidad eficiente. En el misterio de la comunicación de la gracia, prolongación encantadora de la Encarnación, encontramos también, aunque con alguna ligera adaptación, la cuádruple causalidad señalada a propósito de la Encarnación: Ella nos ha merecido toda gracia, Ella nos la destina y consiente a ella por un acto libre y consciente de su voluntad, Ella la obtiene por su omnipotente oración, y Ella la produce probablemente en el alma por su operación física ministerial.

Además, el culto mariano puede y debe ser exterior, por más de un motivo. Es un postulado de la naturaleza humana, y los derechos de María sobre nuestro cuerpo lo reclaman. Las prácticas exteriores, de ordinario, contribuyen no poco a despertar o reavivar las disposiciones interiores del alma. Pero, en *orden principal*, nuestro culto mariano debe ser interior, espiritual. El culto exterior sólo tiene valor en la medida en que es llevado y sostenido por las disposiciones internas del alma.



Espiritualización de la vida mariana significará de ordinario perfeccionamiento y progreso. Debemos honrar a María como adoramos a Dios, «*in spiritu et veritate*», en espíritu y en verdad.

San Luis María de Montfort, en una obra que sin duda nunca fue superada, enumera una veintena de prácticas exteriores e interiores de la verdadera Devoción a María, y añade que no sería difícil alargar esta lista.¹² Esta multiplicidad, esta variedad de prácticas correría a veces el riesgo de causar una cierta confusión, una especie de dispersión en las almas. No siempre se sabrá clasificar estas diferentes prácticas según su valor respectivo, discernir lo accesorio de lo principal; y no es raro que personas de buena voluntad se sobrecarguen de prácticas, hasta comprometer una tendencia seria y efectiva a la perfección, que pide calma y serenidad. Por eso, es muy deseable que las prácticas marianas sean unificadas, sistematizadas, agrupadas alrededor de un núcleo central, de modo que sea fácil abarcarlas con una mirada, discernir el valor relativo de cada una, y alcanzar así, en fin, la unidad en la variedad, y la variedad en la unidad.

Para aplicar todos estos principios y seguir todas estas directivas, parece que no podemos hacer nada mejor que ponernos a la escuela de San Luis María de Montfort. Los mejores teólogos de nuestra época consideran que su libro, el Tratado de la Verdadera devoción a María Santísima es incomparable. Lo que en él nos presenta no es, en sus grandes líneas, una devoción particular, destinada a tal congregación o a tal grupo de almas especialmente orientadas. Si se la mira de cerca, se echará de ver que se trata de la buena devoción mariana tradicional, católica, pero llevada a su más elevada perfección con toda la lógica del espíritu y del corazón. Por lo demás, es indudable que todos los elementos de su doctrina mariana se encuentran explícitamente en la Tradición. Pero en ninguna parte, que sepamos, encontraremos agrupados, coordinados y sistematizados todos estos elementos teóricos y prácticos, como en este gran maestro de la vida mariana, de manera que la práctica de la vida mariana resulte considerablemente más clara y fácil.

Parece también que esta doctrina responde a todas las exigencias que hemos formulado. De este modo el pensamiento y el culto de María se introducen en el corazón mismo de la vida cristiana, que por este solo motivo queda «marializada» totalmente y de más de una manera. Encontramos aquí a la vez la multiplicidad y la unidad, lo interior como elemento principal, sin excluir las mejores prácticas exteriores.

2.2 A Jesús por María

¹² TVD nº 115-116



Si ahondamos el espíritu de San Luis María Grignión de Montfort veremos que la base y el punto de partida de su vida mariana consiste en la donación total y definitiva de sí mismo a la Santísima Virgen, y **por Ella a Jesús**.

Es decir, tanto en la Consagración como en la vida de dependencia y de unión que es su consecuencia, siempre se concede fielmente a Dios y a Cristo el primer lugar. Aplicamos aquí leal y plenamente la gran divisa cristiana, universalmente aceptada: A Jesús por María.

Notemos ante todo que nuestra Consagración se hace a Jesús, a Jesús y a María, a Jesús por María. Los testimonios de San Luis María de Montfort sobre este punto son tan formales como numerosos.

En el «Tratado de la Verdadera Devoción» nos dice: *«Cuando más un alma esté consagrada a María, tanto más lo estará a Jesucristo... Esta devoción consiste, pues, en darse por entero a la Santísima Virgen, para ser enteramente de Jesucristo por Ella... Se sigue de ello que uno se consagra al mismo tiempo a la Santísima Virgen y a Jesucristo; a la Santísima Virgen, como al medio perfecto que Jesucristo ha elegido para unirse a nosotros y unirnos a El; y a Nuestro Señor como a nuestro último fin, al cual debemos todo lo que somos, como a nuestro Redentor y a nuestro Dios»*¹³.

Y en «El Secreto de María» formula una afirmación tan clara como categórica: *«[Esta devoción] consiste en darse enteramente, en calidad de esclavo, a María y a Jesús por Ella»*¹⁴.

No hace falta decir que el texto mismo de la Consagración es aquí el argumento decisivo. En él se lee: *«Me doy por entero a Jesucristo, la Sabiduría encarnada, para llevar mi cruz en su seguimiento todos los días de mi vida. Y a fin de serle más fiel de lo que le he sido hasta aquí, os elijo hoy, ¡oh María!, en presencia de toda la corte celestial, por Madre y Dueña mía. Os entrego y consagro, en calidad de esclavo, mi cuerpo y mi alma, mis bienes interiores y exteriores, y aun el valor de mis buenas acciones pasadas, presentes y futuras»*.

Por lo tanto, nos damos a Jesús y a María, en orden principal a Cristo como a nuestro fin último, secundariamente a la Santísima Virgen, que es nuestro camino inmaculado y perfecto para ir a Cristo y a Dios. Y de este modo nos adaptamos totalmente al plan redentor de Dios, libremente decidido por El, que exige que en el orden sobrenatural lo tengamos todo, absolutamente todo, por Jesús y por María: por Jesús como causa principal de todo ser y de todo obrar en el orden de la

¹³ Idem, n°. 120, 121, 125.

¹⁴ SM, nº 28.



gracia, y también de María, causa subordinada pero universal, de la Encarnación, de la Redención, de la Santificación y de la gracia.

No hay el menor inconveniente ni la menor dificultad en que pertenezcamos simultáneamente a Jesús y a María, que viven en una unidad inmutable de alma, de amor y de voluntad.

Así lo comprendieron y practicaron los apóstoles y los privilegiados del divino Corazón de Jesús. El Padre Mateo Crawley, por ejemplo, incomparable apóstol del Rey de Amor, era esclavo de Nuestra Señora. Y lo era, *«porque sé que al pasar por María amo más a Jesús; le doy un gusto inmenso, me adapto a sus designios providenciales, y centuplico el pobre valor de mi ofrecimiento. Realzo el valor de mi holocausto ofrecido sin cesar en el altar del Corazón de María, mi Reina, mi Mediadora y mi Madre»*¹⁵. Y Santa Margarita María misma, cuya vida puede presentarse verdaderamente como la personificación del *«Per Mariam ad Jesum»*, declara en un magnífico Acto de Consagración: *«Santísima, amabilísima y gloriosísima Virgen, Madre de Dios y nuestra querida Madre, Maestra y Abogada, a quien nos hemos dado y consagrado enteramente, gloriándonos de perteneceros en calidad de hijas, siervas y esclavas en el tiempo y para la eternidad: de común acuerdo nos echamos a vuestros pies para renovar los compromisos de nuestra fidelidad y esclavitud hacia Vos, y suplicaros que en calidad de cosas vuestras nos ofrezcáis, dediquéis, consagréis e inmoléis al Sagrado Corazón del adorable Jesús, con todo lo que hagamos o suframos, sin reservarnos nada»*¹⁶.

En nuestra consagración, pues, se respeta y se realiza plenamente nuestra pertenencia a Jesús. En la vida de unión, que tratamos de llevar como consecuencia de esta donación, el Maestro conserva plenamente el lugar único que le corresponde en nuestra vida. La vida mariana pues no perjudica en nada la vida de intimidad con Cristo, con la Santísima Trinidad que vive y habita en el alma.

Vivimos nuestra consagración **por medio de las prácticas interiores**: *«Hacer todas las acciones por María, con María, en María y para María»*. Pero San Luis María nos hace observar que es *«a fin de hacerlas más perfectamente por Jesucristo, con Jesucristo, en Jesucristo y para Jesucristo»*¹⁷.

El verdadero esclavo de María no vive solamente en dependencia y unión con la Santísima Virgen, sino sobre todo en dependencia y unión con Jesús. Por regla general —pueden haber

¹⁵ R. P. Mateo, SS. CC., *Al Rey de Amor por la Reina de los Corazones*.

¹⁶ Cita del Autor que estamos siguiendo: Ver *El libro de oro*, pp. 393-394.

¹⁷ TVD, nº 257.



excepciones por atractivos de gracia— el esclavo de amor de Nuestra Señora vive su vida explícitamente con Jesús y con su Madre, con Jesús por María.

Recordemos además que no sólo la verdadera Devoción puede y debe ir acompañada de la vida de unión con Cristo, sino también que por los actos directos de amor y de veneración a la Santísima Virgen honramos, amamos y servimos al adorable Jesús, nuestro Salvador y Señor.

En efecto, somos los esclavos de amor de Nuestra Señora, porque Jesús mismo nos ha dado el ejemplo acabado de esta vida de pertenencia y dependencia.

Somos también los esclavos de amor de la Reina, y queremos vivir como tales, porque creemos que así respetamos del mejor modo posible la voluntad de Cristo Dios, que ha querido que su Madre desempeñe un papel tan grande en todas sus obras de gracia.

Somos los esclavos voluntarios de Nuestra Señora, porque estamos convencidos de que este es el camino más corto, más seguro y más perfecto para llegar a la unión divina: *«Si, pues, establecemos nosotros la sólida devoción a la Santísima Virgen, no es sino para establecer más perfectamente la de Jesucristo, no es sino para dar un medio fácil y seguro para encontrar a Jesucristo... Esta devoción nos es necesaria para encontrar a Jesucristo perfectamente, amarlo tiernamente y servirlo fielmente»*¹⁸.

Finalmente, y sobre todo, todo acto de amor y de respeto para con la Santísima Virgen es forzosamente, para quien conoce la doctrina cristiana, un homenaje de amor y de veneración para con Jesucristo. Pues honramos y amamos a Nuestra Señora ante todo en cuanto que Ella es la Madre de Jesús, la Madre de Dios, y luego en cuanto que es llena de gracia, es decir, llena de la vida de Jesús, en quien Ella se encuentra transformada mucho más que San Pablo o que cualquier otro santo: ya no es Ella la que vive, sino que Cristo es quien vive en Ella.

Por eso Montfort tiene razón de escribir: *«Nunca se honra más a Jesucristo que cuando se honra más a la Santísima Virgen»*¹⁹.

Resumiendo, nuestra Consagración es una donación a Jesús por María; nuestra vida es una vida de unión con Jesús y con María. Lejos de ser un obstáculo para la intimidad con Cristo, la vida mariana es, al contrario, el mejor medio para llegar a ella.

2.3 Esclavo de amor

¹⁸ TVD, nº 62.

¹⁹ Idem, nº 94.



¿Qué significa ser “esclavo de amor”?

Según el sentimiento de los Padres y Doctores de la Iglesia, el parecer de los Sumos Pontífices, de los Santos y de los escritores ascéticos, y según la mismísima Escritura, podemos llamarnos «**esclavos**» de Dios, de Jesucristo, y también de la Santísima Virgen María. La santa esclavitud de que habla San Luis María de Montfort es totalmente conforme al espíritu del cristianismo; ¿qué digo?, constituye como su médula y su más pura esencia.

Pero es de la mayor importancia comprender bien el sentido exacto de este término de **esclavitud**. Sobre el significado de esta palabra han habido muchas ideas falsas y muchos errores de interpretación, que ha podido alejar a un cierto número de almas de la práctica de nuestra perfecta Devoción a Nuestra Señora.

Ante todo, es evidente que, al emplear esta palabra en un orden superior y sobrenatural, no pretendemos de ningún modo *aprobar o recomendar la esclavitud entre los hombres*. La Iglesia Católica, más que nadie, luchó por la abolición de esta esclavitud.

Al llamarnos **esclavos voluntarios de Jesús y de María** no pretendemos tampoco *introducir, en nuestras relaciones con Dios y con su santísima Madre, los abusos de la esclavitud humana*.

No queremos decir con ello que Dios o la Santísima Virgen nos han de tratar de ahora en adelante con dureza, como hacían demasiado frecuentemente los amos de esclavos con sus víctimas.

No queremos decir tampoco que habríamos de acudir tan sólo con un temor rastrero y servil a Aquella que es la más dulce y la más amante de las Madres.

¡No! La crueldad de los amos y la servilidad de los esclavos eran **accidentales** incluso a la misma esclavitud humana, y no pertenecen por tanto a la naturaleza y esencia misma de la esclavitud.

Había también amos buenos y caritativos. Y no faltaban esclavos llenos de afecto y fidelidad, que servían a sus amos libre y voluntariamente.

Con mayor razón, pues, hemos de excluir los abusos señalados, de la hermosa y noble esclavitud a la que queremos entregarnos.

Por consiguiente, debemos tomar aquí el término «esclavitud» en su acepción puramente **esencial**, y entonces no significa nada más que **pertenencia y dependencia total, definitiva y gratuita**.



Un esclavo era un hombre que pertenecía a otro con todo lo que era y con todo lo que poseía, y eso para toda su vida y sin tener derecho legalmente a ninguna retribución.

Así es como queremos pertenecer a Jesús por María: por entero, para siempre y por amor desinteresado.

Vamos incluso mucho más lejos que el esclavo ordinario en nuestra dependencia y en nuestra pertenencia.

Un esclavo pertenecía a su amo solamente en lo referente al **exterior**, en el orden **natural** y eso únicamente durante su **vida mortal** en esta tierra; mientras que nosotros pertenecemos a Jesús por María en lo que se refiere al exterior y al **interior**, en el orden natural y en el **sobrenatural**, durante el tiempo presente y **por toda la eternidad**.

Por lo tanto, cuando nos llamamos esclavos de Dios y de la Santísima Virgen, queremos decir esto, todo esto, y nada más que esto: pertenencia radical, universal, eterna, de puro amor, a Dios por María.

Observemos además que nuestra esclavitud es una esclavitud **voluntaria**.

De ordinario —aunque no siempre— los esclavos no se convertían en tales sino por coacción exterior, y sólo lo seguían siendo por fuerza y por violencia.

Nosotros somos esclavos **voluntarios**: con todas las energías de nuestra libre voluntad aceptamos la esclavitud perfecta de Cristo y de María, y perseveramos luego en ella. **Queremos** libremente ser esclavos de Dios, aun cuando no estuviésemos obligados por naturaleza a esta dependencia absoluta. **Queremos** libremente ser esclavos de María, aun cuando Ella no tuviese, como tiene en realidad, títulos que hacer valer a nuestra pertenencia total respecto de Ella.

Y obsérvese bien, somos esclavos **de amor**.

El amor, y todo amor, produce la dependencia. Jesús hace consistir precisamente el verdadero amor por El en el cumplimiento de sus voluntades, de sus mandamientos. En la misma medida en que amamos a alguien, en esa misma medida nos hacemos dependientes de él, y no podemos negarle nada. Y parece que sólo el amor puede hacer a alguien completa y definitivamente dependiente.

Este será también el efecto de nuestro amor a Jesús y a su santísima Madre. Puesto que este amor es el más fuerte y poderoso que pueda cautivar a un corazón humano, lleva a la dependencia más completa y radical, esto es, a la esclavitud.

En un sentido infinitamente más noble que el hombre mundano, cautivo y esclavo de sus amores vergonzosos, nosotros somos los libres, orgullosos y envidiables esclavos del amor más



hermoso y puro que pueda encender a un alma humana. Nuestra esclavitud procede del amor, y no puede proceder más que del amor. Y conduce también al amor, como lo enseña Montfort y como lo prueba la experiencia: conduce al más filial y confiado amor a Dios y a su santísima Madre.

Nuestra esclavitud no es una esclavitud vergonzosa y degradante. No. Pues «*servire Deo regnare est*: servir a Dios es reinar», es ser rey. En definitiva, pues, no tenemos como creaturas más que una sola grandeza y una sola gloria: la de depender de Dios y de aquellos que se encuentran revestidos de su autoridad. Y cuanto más lejos se avanza en esta esclavitud, y más profunda se hace esta dependencia, tanto más agradable se hace el hombre a los ojos de Dios, de sus Santos y de sus Angeles. Ahora bien, nuestra «esclavitud» es indiscutiblemente la esclavitud llevada a su apogeo, tanto en su duración como en su extensión y en la intensidad de la dependencia. «*Nada hay entre los cristianos*», dice Montfort con razón, «*que nos haga pertenecer a otro como la esclavitud; nada hay tampoco entre los cristianos que nos haga pertenecer más absolutamente a Jesucristo y a su santísima Madre como la esclavitud de voluntad*»²⁰. Estemos orgullosos de nuestra condición de **esclavos voluntarios y de amor de Jesús en María.**

Llevemos su señal exterior y pública de buena gana, bajo la forma de nuestra hermosa insignia.

Pero llevemos nuestro título y nuestra insignia con dignidad: *Nobleza obliga...*

Acordémonos en nuestra vida cotidiana de que en todo, pensamientos, palabras, acciones, debemos depender de Jesús y de María, y de que en todo debemos buscar sus intereses y su gloria

3 La práctica interior o práctica perfecta²¹

"El espíritu de esta devoción es el de hacer al alma *interiormente dependiente* y esclava de la Santísima Virgen y de Jesús por Ella".

Estas palabras nos hacen comprender que además de la consagración exterior, existe una práctica interior considerada "esencial" por Montfort mismo²². Sin ella, en efecto, nuestra consagración sería un acto de piedad exterior y pasajero. Por el contrario, esta práctica interior animará todos nuestros actos con el espíritu de esta consagración, y nos establecerá en la dependencia habitual hacia María.

²⁰ TVD, nº 72.

²¹ Lo que sigue es entresacado, en parte, del "La Vida Espiritual en la escuela de San Luis María Grignon de Montfort" del R.P. Antonin Lhoumeau Cap. III de la Tercera parte. Edición Talleres gráficos de Corintios 13, año 2011.

²² TVD, nº 119.



He aquí, por lo demás, las importantes y juiciosas reflexiones de nuestro Santo: "No es suficiente haberse dado una vez a Jesucristo por María, en calidad de esclavo; ni siquiera es suficiente hacerlo todos los meses, todas las semanas: *sería esta una devoción demasiado pasajera y no elevaría al alma a la perfección a la que es capaz de elevarla*. No es muy difícil inscribirse en una cofradía, ni tampoco abrazar exteriormente la devoción de la que he hablado, que obliga a decir algunas oraciones vocales todos los días ... ; sino que la gran dificultad es introducirse en el espíritu de esta devoción que implica hacer a un alma interiormente dependiente y esclava de la Santísima Virgen y de Jesús por Ella. He encontrado muchas personas que, con un ardor admirable, se han colocado bajo esta santa Esclavitud, exteriormente; pero raramente he encontrado quien haya perseverado en ella".²³ Este mismo pensamiento se encuentra también expresado en la *Verdadera Devoción*: "Como lo esencial de esta devoción consiste *en el interior que debe formar*, no será igualmente comprendida por todo el mundo: algunos se detendrán en lo que presenta exteriormente y no pasarán más allá, y este será el mayor número; algunos, unos pocos, entrarán en su interior".²⁴ ¿Cuál es, pues, esta práctica interior? "En cuatro palabras, es hacer todas sus acciones por María, con María, en María y para María; a fin de hacerlas más perfectamente por Jesús, con Jesús, en Jesús y para Jesús".²⁵ En efecto, puesto que Dios viene a nosotros por Jesús y que Jesús se nos da por María, en nuestro retorno a Dios, el fin último, seguimos el mismo camino que Él ha tomado para descender hasta nosotros. Pasando por María, iremos a Cristo y de Cristo a Dios. He aquí el lugar y la función de esta última fórmula en relación con las otras.

OBRAR POR MARIA

Obrar por María, es primeramente obrar por el impulso y la virtud de la gracia que Ella nos procura. Véase lo que expresa en un lenguaje popular el Santo de Montfort, cuando dice: "Es obedecerle en todas las cosas y conducirse por su espíritu".

Obrar por María, es también servirnos de Ella como de mediadora para ir a Jesús y unirnos a Él; es hacer pasar nuestras ofrendas por sus manos, apoyarnos en su intercesión, recurrir a su asistencia, entrar en su escuela para mejor conocer y amar a Jesús. Veamos cómo obrar por María es obrar por Cristo. Porque, y el santo resume así su pensamiento: "Obrar por María, es obedecerle en todo y conducirse por su Espíritu; ahora bien, como el Espíritu de María no es otro que el de Jesús, conducirse por María, es por lo tanto conducirse por Jesús".²⁶ Y el Espíritu de maría es el Espíritu

²³ SM, n° 44

²⁴ TVD, n° 119

²⁵ Idem, n° 257

²⁶ Idem. n° 258 y 259



de Jesús porque Ella está llena de Él, poseída y gobernada, a título particular y de una manera más excelente que ninguna otra criatura; después, porque en su calidad de Madre de Dios puede ser considerada como la Esposa del Espíritu Santo, y que ha recibido una *cierta autoridad* sobre sus misiones o venidas en las almas. Por eso, cuando el Espíritu Santo opera en nosotros, es con la merced de María; y por consiguiente, obrar por María, o sea "no tener vida interior ni operación espiritual sino en dependencia de Ella", es volvernos atentos y dóciles a la conducción de este divino Espíritu.

Siempre amigo de grandes horizontes, Montfort lleva enseguida su mirada hasta las últimas consecuencias de esta verdad. En pocas palabras nos recuerda nuestra calidad de hijos de Dios e hijos de María, y basado en el texto de San Pablo: "Todos los que son conducidos por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios" hace este razonamiento: "Los que son conducidos por el Espíritu de Dios se convierten en hijos de Dios; los que son conducidos por el Espíritu de María se convierten a su vez en hijos de María y en consecuencia hijos de Dios, puesto que es el mismo Espíritu".²⁷ Cuando vamos a Dios a través de Ella, no suprimimos a Cristo Mediador; sino que es a Él a quien primero nos conduce María.

OBRAR CON MARIA

Ved cómo procede una madre con su hijo, cuando le enseña a caminar o a rezar. No solamente lo invita y lo anima con sus gestos y con su voz, sino que hace como él dándole el ejemplo, ayudando a su debilidad y su inexperiencia. Por su parte, el niño obra con su madre; ya que la mira, permanece dócil a su dirección, no se separa de ella.

Para obrar con María, debo, por lo tanto, después de haber obedecido a su impulso, permanecer bajo su conducción y su influencia, tener los ojos fijos en Ella para imitarla; aún es preciso que me ayude con su mano maternal para sostenerme y, de ser necesario, levantarme; en fin, debo seguirla sin adelantármele ni retrasarme.

La Iglesia distingue claramente estas dos fases en la influencia de la gracia: el impulso inicial y la cooperación a lo largo de la acción.

"Señor, te rogamos, prevenid nuestras acciones por la efusión de tu gracia (que nos mueve); después ayúdanos a proseguirlas, a fin de que todas nuestras oraciones y todas nuestras obras tengan en Ti su principio y que después de haber así comenzado, ellas terminen por Ti".

Las siguientes recomendaciones del Santo de Montfort desarrollan el mismo pensamiento. "Es necesario que en cada acción nuestra miremos cómo la hace o la haría María si estuviera en nuestro lugar ... es necesario de tanto en tanto, durante su realización y después de ella, renovar el mismo

²⁷ Idem n° 258



acto de ofrecimiento y de unión".²⁸ "Es necesario comenzar, continuar y terminar todas las acciones por Ella, con Ella y en Ella ... " "Es necesario abandonarse al Espíritu de María para ser movidos (al comienzo de la acción) y conducidos (en el transcurso de la acción) de la manera que Ella quiera".²⁹

OBRAR EN MARIA

La fórmula "en María", se aclara y se completa por esta otra: "María en nosotros". Además de que esta reciprocidad está fundada sobre la naturaleza de las cosas, nos da una idea más ajustada de esta presencia de María que Montfort nos impele a desear.

Para limitarnos a los puntos que nos ocupan, concentremos todas nuestras consideraciones en estas cuatro claves: la causa eficiente, la causa ejemplar, la causa final y la unión por el amor.

"Cuando la divina María es Reina en un alma, ¿qué maravillas no hará en ella? Ella trae a todo el interior donde se encuentra la pureza de corazón y de cuerpo, la pureza en las intenciones y en los deseos. Ella ilumina el espíritu con su fe pura; vuelve profundo al corazón por su humildad; lo ensancha y lo abrasa por su caridad".³⁰ "Ella nos dirige y nos conduce según la voluntad de su Hijo, nos protege y nos defiende, etc ... "³¹. Ahora bien, todo agente está presente allí donde se hace sentir su acción; si no se encuentra allí sustancialmente, lo está al menos por su virtud y su poder. Por lo tanto, podemos afirmar en este sentido que María está presente en nosotros por su influencia, aunque no lo esté en absoluto por su sustancia.

En este mismo orden de ideas, en relación con la operación, estamos en María, porque estamos sometidos a su influencia, puestos bajo su mirada, acompañados por su oración y protegidos por su asistencia.

Por tanto, si para obrar ingresamos en los designios de su voluntad y nos sometemos a su conducción, entonces obramos en Ella. En el orden de las causas morales y de las relaciones solamente morales, cuando decimos: "María nos concede esta gracia, nos ilumina, nos conduce, nos defiende, etc." En realidad Ella no produce la gracia, sino que obtiene que ésta sea producida en nosotros por el Espíritu Santo; Ella ordena a los ángeles para que nos defiendan, etc.

Nosotros no estamos ni obramos en Ella sino cuando dependemos de su voluntad y estamos influenciados por sus actos.

"Volvemos copias vivientes de María ... implantar su vida en nosotros... ": este es el objeto inmediato de nuestra Devoción. María que, comparada con Jesús, es una copia perfecta, es, en

²⁸ Idem n° 260

²⁹ Idem n°259

³⁰ SM

³¹TVD, n° 209



relación a nosotros un modelo que hay que reproducir. Ahora bien, ¿acaso no decimos que el modelo se halla en su copia por su semejanza, y recíprocamente la copia en su modelo, como en la causa de esta semejanza? Así pues, al imitar sus virtudes, al conformarnos a su voluntad y a sus disposiciones, nos asemejamos a la Santísima Virgen, de esta manera Ella está en nosotros y nosotros en Ella.

El Santo de Montfort ha resumido estas ideas en una popular comparación. Dice él que María es el molde donde ha sido formado el Hombre-Dios y donde los santos son perfectamente formados a imagen de Cristo. Un molde es un recipiente que imprime su propia forma en la materia que contiene. Es a la vez el instrumento y el ejemplar. Lo que el molde es a la materia que encierra, son a nuestra alma los pensamientos, los deseos y la influencia directriz y providencial de la Santísima Virgen. Son como las formas que van formando la semejanza con María, siempre y cuando queramos entrar en ese molde y adaptarnos dócilmente a él, o sea obrar y permanecer en Ella. Sin embargo, para entender bien esta comparación, no forcemos su aplicación. La materia es encerrada en el molde como en un lugar, mientras que nosotros somos contenidos solamente por la influencia del poder y de la voluntad de María. Puesto que el molde obra físicamente sobre la materia, imprimiéndole su propia forma, mientras que la influencia de María en nosotros, como hemos dicho, es solamente de orden moral. Lo que Ella produce en nosotros es una forma puramente extrínseca; es una semejanza moral por la conformidad de las disposiciones, de los actos y de las intenciones. Bien diferente es la semejanza sobrenatural que Dios realiza en nosotros por la gracia; esta es, en efecto, una cualidad física, intrínseca y permanente, aunque accidental. Cuando Montfort vuelve aquí y allá en su *Tratado* sobre esta comparación del molde, lo explica siempre en el sentido ortodoxo que acabamos de exponer.

¿Se trata de vivir en unión con María? Montfort desea ardientemente que esta gloriosa Reina "tenga el imperio de los corazones", es decir que sean dóciles a sus impulsos ya su conducción (es María, causa eficiente). Pide que "el Espíritu Santo encuentre a su querida esposa reproducida en las almas... hechas copias vivas de María" (es tomarla como nuestro modelo). Finalmente, cuando escribe que "el efecto principal de esta devoción es instaurar la vida de María en un alma, de suerte que ya no sea más el alma quien viva, sino María quien viva en ella, ya que el alma de María, por así decir, se vuelve su alma", se comprende que se trata aquí de esta unión de pensamiento y de afecto, donde dos seres no hacen sino uno.

También estamos en María y Ella en nosotros por la unión de afecto: aquel que ama posee en sí el objeto de su amor, en el cual recíprocamente habita. Pero notemos la diferencia de esta doble fórmula: "Cristo en mí" y "yo en Él", con esta otra: "María en mí" y "yo en Ella". En la primera se trata de una unión totalmente diferente de la que expresa la segunda; porque sabemos que por la fe y



la caridad nuestra alma alcanza a Dios mismo y que Él habita en ella por su substancia. (*Ad Ephes.* III, 17) En la segunda no se trata más que de una presencia de pensamiento, de un lazo moral de afecto, que establece a dos personas en mutua relación y, por así decir, las hace pasar una a la otra. Cuando renunciamos a nuestras miras, a nuestras intenciones y a nuestros deseos, para perdernos en María, como se nos recomienda, entonces obramos y permanecemos en Ella, así como Ella obra y permanece en nosotros. Esta conformidad y esta unión moral hacen de nosotros otra "María".

Aunque el alma de María no habita substancialmente en nuestra alma, siguen siendo ciertas estas palabras de San Ambrosio citadas por nuestro Santo: "El alma de la Santísima Virgen se comunicará a vosotros para glorificar al Señor; su espíritu ocupará el lugar del vuestro para regocijarse en Dios"³². (Estas palabras pueden, es verdad, entenderse del Espíritu Santo que también es el espíritu de María, y esto tanto más cuanto que el Espíritu Santo habita realmente en el alma justa.)

Cuanto más se reflexiona, en efecto, acerca de la unidad del cuerpo místico de Cristo, del que todos sus miembros se encuentran vinculados y vivificados por un mismo Espíritu, mejor se comprende que, por ser moral, la influencia de María no es menos verdadera, eficaz y de un orden superior.

Para concluir estas explicaciones sobre el "en María", haremos observar que el *Tratado de la Verdadera Devoción*, como así también el *Secreto de María*, apenas presenta una serie de imágenes en relación a este tema. En primer lugar, se tiene la tentación de no ver en ellos más que piadosas apelaciones, actuando como relleno, sin llegar al fondo de la cuestión; pero al reflexionar sobre ello, se entra fácilmente en el pensamiento de nuestro Santo. Él escribía de corrido un tratado popular. En vez de definiciones, propone imágenes que, además de la ventaja de la claridad, tienen la ventaja de insinuar las aplicaciones prácticas. Unas, como la torre en que uno se refugia, el jardín donde uno se pasea, nos figuran el "obrar en María"; otras, como la lámpara que nos alumbramos representan la acción de María en nosotros. El Santo ha querido explicarnos, por estas imágenes, bajo qué aspecto podemos, permaneciendo en el interior de María, considerar las cosas de la vida espiritual y encontrar allí auxilio en nuestras acciones.

OBRAR PARA MARÍA

A la fórmula "por María, con Ella y en Ella", el Santo agrega aquí para María. Completa la fórmula desde el punto de vista práctico.

En respuesta a la pregunta ¿Con qué fin obráis? Respondemos: "para María", es decir, para servirla cumpliendo su voluntad, para glorificarla haciéndola conocer y amar. Nótese que obrar para María,

³² Idem n° 217



tomarla como fin de las propias acciones, es incluso una manera de obrar en Ella; ya que entonces, relacionándonos con María y, según el plan de Dios, subordinándonos a Ella, estamos comprendidos en Ella, como el medio en el fin. Y en este fin, no como fin último, sino inmediato, nuestra voluntad reposa y mora como en el término. Examínese pues esta expresión de "morar". La morada (*mansio*) en el sentido del Evangelio (*Hay muchas moradas en la casa de mi Padre*) indica la beatitud en que el alma reposa y se fija como en su fin. Ahora bien, la unión habitual con María, a la que nos conduce nuestra Devoción, también es un término. Es verdad que María es un camino y que no vamos a Ella más que para encontrar a Jesús, mas es con Ella y en Ella que lo encontramos. Así, podemos perfectamente tomarla como fin subordinado y reposar allí. Y efectivamente, ¿es lo que el Santo de Monfort pide de "entrar y habitar en el interior de María?"

"Para María" resume la dirección práctica de toda la fórmula "por, con y en".

En efecto, si en una acción el objetivo es alcanzado en último lugar, es a él, sin embargo, que mira todo lo anterior, es a él que todo se refiere, en base a él que uno se guía en la elección de los medios, que uno se regula, tanto al comienzo como durante el curso de la acción.

Por esta razón, en nuestros actos, nos basta con aplicarnos a la pureza de intención, o sea a la elección de un fin puro; y, por una consecuencia feliz, los realizaremos bajo el impulso de la gracia, a la que seguiremos dócilmente y nos uniremos a Dios.

En una fórmula que mira principalmente a la práctica de nuestra Devoción, convenía pues agregar "para María" a las otras expresiones.

Pero ¿por qué tomar a María como fin de nuestras acciones? Porque pertenecemos sin reservas a esta gloriosa Señora, porque estamos consagrados enteramente a su servicio. ¿Acaso no tenemos, por este motivo, como lo observa Montfort, la obligación de trabajar siempre para su gloria y según su voluntad, como buenos servidores y fieles esclavos?

Otro motivo nos inclina a obrar para esta buena Madre: es el amor que queremos testimoniarle a través de esta práctica; ya que se busca honrar, servir, contentar a aquellos que se ama. Jesús "vivía para su Padre". ¿Quién nos dará el comprender cómo María vivía para Jesús?

Es verdad que se puede tomar a la Santísima Virgen como fin de nuestras acciones, ¿en qué sentido se puede admitir esto?

"No es que, dice San Luis María, se tome a María por el fin último de las propias obras, que es Jesucristo solo, sino por su fin próximo, su entorno misterioso y su medio fácil para ir a Él".

¿Y por qué habríamos de temer en obrar así? ¿No nos ha dado Dios mismo el ejemplo? Él lo ha hecho todo por su Hijo: *propter quem omnia* (Heb. 2, 10), nos dice San Pablo. El mundo fue creado



para manifestar este ejemplo eminente; fue modelado sobre este arquetipo divino que lo resume y lo corona, quien es el *alfa* o el principio, del mismo modo que es la *omega* o el fin. Todo parte de Cristo y todo desemboca en Él; su reino es la consumación de todas las cosas. Pero en el plan divino, María no es separable de su Hijo. A causa de Él y en unión con Él, aunque por debajo de Él, Ella está "al comienzo de los caminos de Dios", como ejemplo eminente y como fin intermedio. San Bernardo pudo, así, decir en verdad: "Por Ella, después de Cristo, todo ha sido hecho, toda criatura existe"³³ Si de la Creación pasamos a la Redención, se nos enseña que la Santísima Virgen es el objetivo principal de ella y el más magnífico trofeo. ¿No es acaso por Ella principalmente que Jesús nació, padeció y murió? Esto creen un gran número de Padres, y San Alberto Magno lo resume en estas palabras: "María fue predestinada a ser la causa final de toda nuestra reparación; su gloria, después de la de Dios, es el objetivo de toda la Redención".³⁴

Digamos también que, siempre a causa de Cristo y en relación a Él, María es en la religión el fin inmediato y subordinado. Para comprender esto, basta recordar la mediación universal de esta divina Madre. Es a Ella que todo se dirige, en sus manos todo se concentra, por Ella todo pasa, antes de subir a Cristo y por Él hasta Dios: alabanzas, súplicas, homenajes de todas clases. A esta Virgen bendita, elevada sobre toda criatura, es a quien el Señor ha puesto como cima y centro de la Creación, de la Redención y de la religión, por ello ¿es demasiado el ofrecer nuestra vida y aportar nuestras humildes acciones? ¡Ah! Antes bien entremos en ese arrebatado de celo que hacía exclamar a nuestro Santo: "No hay que permanecer ociosos, sino que, apoyados en su protección, es necesario emprender y realizar grandes obras por esta augusta Soberana".³⁵

4. Conclusión

Por todo lo dicho debe quedar claro que nuestro culto a María debe ser algo substancial, debe ocupar más que unos minutos o algunos acontecimientos salteados durante el día. Ha de ser cierto espíritu que contenga y lleve consigo toda la vida. Ciertamente que los modos exactos con que esta devoción a María se realizará en la vida dependerá de cada persona. Porque somos distintos así variarán los métodos de expresión. Pero si se quiere practicar la universal y no interrumpida influencia de María en nuestras almas, es fundamental la idea de "Consagración" y ha de ser esta la más completa abarcando todo lo que se encierra en uno mismo y en la propia vida con todo lo que le pertenece. Como dice Frank Duff, el gran apóstol de María: "El acto que encarna y inaugura ha

³³ "Propter quam, post Christum, omnia; propter quam omnis creatura facta est", (S. Bernardo, sermón 3 *in Salve*).

³⁴ *Super Missus es!*, cap. CLXXXIV

³⁵ TVD, n° 265



de ser formal; ha de entenderse con todas sus consecuencias y realizarse con toda sinceridad; mas nunca se recalcará suficientemente que la consideración más importante no merece el acto inicial de la consagración, ni siquiera los otros muchos actos de renovación que pudieran hacerse, sino la creación de un estado de alma consagrada, la permanente actitud de dependencia de María.”³⁶

En la Encarnación fuimos constituidos dependientes de María y Dios trató con nosotros sólo en cuanto unidos a Ella. Éramos futuros hijos de María. Nuestra actitud de dependencia es pues la necesaria consecuencia de ese momento de la anunciación. Por ello le pertenecemos. Si decimos que nuestra vida diaria de santidad es la formación de nuestro Señor en nosotros es porque nuestra vida diaria no es sino la continuación de la encarnación en nosotros. Dios como en Nazareth esperó su fiat de María, hoy exige nuestra unión con Ella.³⁷

³⁶ “Camino Montfortiano de la Verdadera Devoción a María” Frank Duff

³⁷ Cf Idem